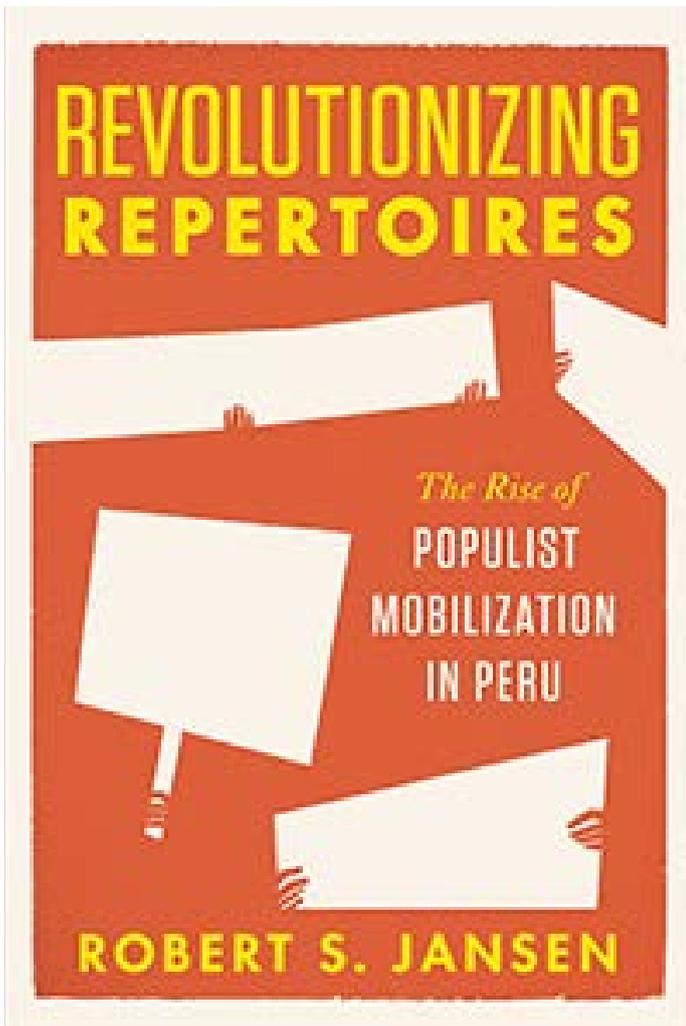


# Revolutionizing Repertoires.

## The Rise of Populist Mobilization in Peru

RODRIGO GIL PIEDRA



Robert S. Jansen. *Revolutionizing Repertoires. The Rise of Populist Mobilization in Peru*. Chicago: The University of Chicago Press. 2017

**Reseña y crítica de *Revolutionizing Repertoires. The Rise of Populist Mobilization in Peru*. De Robert S. Jansen**

El patrón de comportamiento humano no cambia de la noche a la mañana. Resetear el hábito e incorporar nuevas formas de conducta es un ejercicio arduo, pesado. Por ello, en un famoso pasaje literario, Julio Cortázar, con razón, recordaba lo difícil que es «negar todo lo que el hábito lame hasta darle suavidad satisfactoria». A todo nivel, la modificación de los esquemas de actuación individuales y colectivos, si se producen, tienden a ir a largo plazo y muy lentamente. En política, particularmente, se acentúa la reproducción por sobre todo lo demás. Los discursos, las campañas, las prácticas; todas, más allá de algunas diferencias ideológicas, suelen ser repetitivas, tratan de no desviarse de lo convencional o lo posible. En una palabra, el hábito político se despliega dentro de los límites del marco estructural, cultural e institucional. Pero la política es un juego de individuos. Son las personas y sus acciones las que le dan forma a las disputas por el poder. Los políticos pueden crear, innovar e improvisar para de alguna manera aprovechar las oportunidades o enfrentar los desafíos que el contexto político les plantea con frecuencia. La agencia versus la estructura, el viejo debate.

El libro del sociólogo Robert S. Jansen, *Revolutionizing Repertoires. The Rise of Populist Mobilization in Peru* (Chicago: University of Chicago Press) retoma esta discusión en el análisis puntual

*Revista Argumentos, Edición N° 1, Año 12, 2018. 83-88*  
 Instituto de Estudios Peruanos  
 ISSN 2076-7722

de la elección presidencial peruana de 1931. Para dichos comicios, Jansen analiza cómo dos líderes (Víctor Raúl Haya de la Torre y Luis Miguel Sánchez Cerro) y sus respectivas organizaciones (APRA, Unión Revolucionaria) renovaron el escenario político-electoral y crearon una tan innovadora como compleja práctica política. Se trata de la «movilización populista»,<sup>1</sup> una práctica construida al calor de: (i) liderazgos personalistas; (ii) organización partidaria de base; (iii) retórica nacionalista y anti-oligárquica; y (iv) movilización popular de alcance nacional. En perspectiva general, hoy no causa sorpresa que las herramientas que conforman la «movilización populista» hayan sido adoptadas por una vasta cantidad de políticos a lo largo de los años; de ahí la posterior influencia del populismo latinoamericano, por ejemplo.<sup>2</sup> Sin embargo, hacia 1931, la reunión y aplicación de estas ideas, estrategias y tácticas fue un fenómeno a todas luces inédito. Por tal razón, el autor sostiene que en el Perú se inauguró una nueva práctica política, la misma que, a causa de su efectividad político-electoral, fue reutilizada reiteradamente por futuros líderes nacionales y de la región.

El libro —escrito en un lenguaje claro y fluido, sin abusar de citas largas e innecesarias— invita a leerse como un rompecabezas. La introducción y el capítulo 1 plantean el problema, definen los conceptos, presentan la discusión teórica y revisan el argumento general de la obra. De ahí en más, entre los capítulos 2 y 6, las piezas del rompecabezas van encajando gradualmente. Mientras el 2 y 3 describen las condiciones macro-estructurales (sociopolíticas) que influyen (mas no determinan) la aparición de la «movilización populista», los capítulos 4 y 5 ponen el acento en el rol clave de los actores y el contexto (agencia y organización) a la hora de innovar creativamente. En Haya y Sánchez Cerro, sus experiencias personales y políticas (por ejemplo, la vivencia de la deportación y el exilio) se conectan con los recursos materiales, organizacionales y coyunturales disponibles para darle vida a una práctica distinta, sacada de la rutina, que revolucionará, como queda descrito en el capítulo 6, los repertorios políticos

de 1931 en adelante. Por ello, cabe advertir al lector que prescindir de ciertos capítulos impedirá obtener un entendimiento cabal del argumento fuerza del libro; el rompecabezas quedaría irresuelto. Finalmente, en las conclusiones se repasa sucintamente lo dicho y se discuten las implicancias del enfoque teórico para los futuros estudios de sociología histórica y política contenciosa.

En *Revolutionizing Repertoires* se presenta un enfoque teórico pragmático. Este enfoque analiza a los actores como sujetos que en contextos determinados, históricamente situados, van resolviendo de forma creativa las dificultades que aparecen en su entorno. La creatividad implica que ellos pueden transformar o renovar lo existente, volviéndose agentes contemporizadores. También pueden innovar desde cero, de un momento a otro, y por eso son considerados agentes/cambios «revolucionarios». Como sea, bajo la mirada pragmática, los actores harán lo necesario para que sus objetivos se concreten. Pero el autor no pierde nunca de vista que —y este es un aporte considerable— la capacidad de agencia está críticamente condicionada a las transformaciones estructurales que ocurren previo al momento de la innovación. Son estas transformaciones (económicas, sociales, políticas, infraestructurales) las que, de alguna manera, incentivan la innovación, al crear nuevas oportunidades para los individuos. Las grandes transformaciones obligan a los líderes a romper con la rutina y a cancelar los viejos hábitos. Y, según Robert Jansen, ello fue lo que sucedió en el Perú previo a la elección presidencial de 1931.

### Perú (en camino a 1931)

Hasta la aparición de la «movilización populista», las prácticas políticas estuvieron dominadas por las élites poscoloniales. El poder militar y civil en el S. XIX (en alianza con la Iglesia católica), así como el régimen aristocrático en los primeros treinta años del S. XX, se sustentó políticamente a través del clientelismo o de la abierta coacción. Ni los líderes ni los incipientes partidos buscaron legitimarse frente al pueblo recurriendo a prácticas políticas distintas. Nunca fue realmente nece-

<sup>1</sup> Traducción libre. Las citas posteriores también son traducidas al castellano.

<sup>2</sup> Se piensa en las figuras de Lázaro Cárdenas en México, Getulio Vargas en Brasil y Juan Domingo Perón en Argentina.

sario. La idea de nación estuvo siempre ausente, mientras que se le otorgaba mayor importancia, por ejemplo, a la manutención de algunos ejércitos privados o al carácter rentista del Estado. Los grupos sociales marginales apenas fueron consultados. Si acaso algún caudillo los movilizó fue con un objetivo concreto, como competir contra el adversario político de turno. Así, la relación patrón-cliente fue la práctica política por excelencia durante los casi primeros cien años de la República.

### Sociedad y política

Pero a partir del siglo XX, empiezan a producirse transformaciones de fondo en la estructura social peruana. Para ponerlo en simple: el país inicia la pesada transición de una sociedad tradicional hacia otra en curso de modernización. En lo económico, arranca un lento proceso de liberalización e industrialización acompañado de un progresivo encadenamiento de los sectores productivos (sobre todo, el primario-exportador) a los mercados internacionales. En lo social, las primeras oleadas migratorias reconfiguraron el mapa urbano-rural ensanchando el poder de las ciudades capitales costeñas, en especial Lima y el norte. En lo infraestructural, se expandieron las rutas de comunicación y transporte (terrestres, ferroviarias, aéreas) a nivel nacional. Estas transformaciones modifican el paisaje social en tanto «rompen las relaciones sociales tradicionales y desarrollan nuevas formas de organización social» (p. 65). Por un lado, los campesinos indígenas-migrantes escapan del control clientelar de las haciendas y quedan habilitados para, una vez convertidos en ciudadanos, asumir nuevas lealtades políticas. Por el otro, la «sociedad civil» se densifica con la naciente «clase trabajadora», compuesta por asociaciones de trabajadores artesanales, industriales, de agricultores, de migrantes, sindicatos, etc. Estructuralmente, entonces, el país genera las condiciones adecuadas para la innovación de líderes jóvenes ambiciosos, empoderados y por fuera de las élites; los mismos capaces de sintonizar con las transformaciones en curso. Hacia la elección de 1931, Jansen caracteriza un país más conectado, mejor organizado y enormemente expectante del futuro económico tras el efecto de la depresión de 1929.

Sin embargo, las ventanas de oportunidad aparecen en el (relativamente autónomo) campo político. De ahí que el oncenio de Augusto B. Leguía (1919-1930) represente los años decisivos de promoción y consolidación de las figuras de Haya y Sánchez Cerro, aunque por distintas razones. El autor encuentra cuatro «momentos» claves que sirven para explicar el reordenamiento de la escena política. Primero, los meses previos y posteriores a la elección presidencial de 1919. Este momento traduce las contradicciones al interior de una República Aristocrática desgastada, donde se impone un candidato de su núcleo, Augusto B. Leguía, aunque esta vez apoyado por los militares, las clases medias trabajadoras y los universitarios. Segundo, el período conocido como «el Oncenio». Ya en la presidencia, Leguía clausura el Congreso y asume poderes dictatoriales. Para mantener su poder, barre a la élite tradicional del gobierno y persigue a los líderes estudiantiles, encarcelando y expulsando del país a varios de ellos. En octubre de 1923, por ejemplo, manda al exilio al joven Víctor Raúl Haya de la Torre. Tercero, el gobierno provisional de Sánchez Cerro. Los militares conducen un golpe de Estado contra Leguía en agosto de 1930, liderado desde Arequipa por Sánchez Cerro. Durante su corto gobierno de seis meses, Sánchez Cerro se convierte en una figura política «presidenciable»: no solo establece alianzas con actores clave, sino que, principalmente, recibe un masivo apoyo popular en distintos puntos del país. No obstante, da por sentado su poder y gobierna tradicionalmente: reprime, ataca a sus oponentes, exhibe los rasgos de un típico caudillo militar. Por sus actos, la junta militar lo obliga a firmar su renuncia y lo manda al exilio entrado el año 1931. Cuarto, la Junta Samanez Ocampo, tal vez el momento de apertura política fundamental. La junta convoca a elecciones generales para octubre de 1931. Promulga el Estatuto Electoral donde, entre otras medidas, se expande el sufragio para hombres peruanos mayores de 21 años que sepan leer y escribir y para los casados que no hayan alcanzado dicha edad; esto es, la junta incorpora el nuevo bolsón electoral del que beberá luego la «movilización populista». Asimismo, admite las candidaturas de los todavía exiliados Haya y Sánchez Cerro, quienes retornarán al Perú semanas después.

Así, entrada la década del 30, la realidad sociopolítica peruana se ha transformado transversalmente. Hay expectativas económicas renovadas, la conectividad es cada vez mayor y existe cierto nivel de organización social de base. El poder político de las élites tradicionales ha casi desaparecido. El dictador Leguía está encarcelado y los apriistas se han galvanizado en su lucha por sobrevivir. Haya ha adquirido la reputación del exilio, mientras que Sánchez Cerro sabe que cuenta con el apoyo del pueblo. Creció el padrón electoral. La junta militar ha convocado un proceso electoral democrático. Haya y Sánchez Cerro son admitidos en la contienda. Parece ser que las condiciones para innovar y adaptarse a los cambios son las adecuadas de cara a los comicios. Pero nada asegura que los políticos en campaña viren en la dirección indicada. Jansen se pregunta, entonces, ¿a qué se debe que Haya y Sánchez Cerro (junto a sus respectivos partidos) hayan adquirido la destreza para romper el hábito político e instaurar la novedosa «movilización populista»? El autor sugiere que la capacidad innovadora de ambos líderes se basa, principalmente, en sus vivencias personales en su entendimiento de las nuevas reglas de juego. El aprendizaje adquirido a lo largo del tiempo les permite sortear las prácticas políticas rutinarias (clientelismo, autoritarismo, radicalización partidaria, etc.). Así, la experiencia vital de Haya y Sánchez Cerro, de alguna manera, los aploma —desarrolla su «olfato político»—, señalándoles la ruta menos empinada hacia el poder.

### Agencia y organización

Por un lado, Sánchez Cerro cuenta con la experiencia de un gobierno trunco a causa de su militarismo tradicional. El candidato entiende que apelar a dicho estilo de manejo político le cerrará varias puertas de inmediato. A la par, se ve obligado a actualizar su concepto del pueblo. Al inicio, el militar consideraba que las masas no tenían motivos para movilizarse y que convenía vincularse a ellas en clave paternalista. Sin embargo, su círculo íntimo en el Perú, el núcleo de lo que será luego la Unión Revolucionaria, le advierte que para vencer electoralmente al APRA habría que entablar un nuevo tipo de relación con los sectores populares. Sánchez Cerro, por

ende, adopta una postura pragmática, realista, apuntalando su mote de «Héroe de Arequipa» frente a los grupos marginales. El objetivo era renovar el (latente) apoyo popular recibido tras el golpe a Leguía. Así, «el genio político [de Sánchez Cerro] radica en notar [...] que las herramientas para su éxito ya estaban ahí, en forma de apoyo popular; y que ni el establishment militar o la élite tradicional podrían competir por este recurso político» (p. 138). Detrás de este giro hacia los grupos marginales se encuentra la determinante influencia de Benito Mussolini, figura admirada por Sánchez Cerro. La experiencia fascista italiana cura la aversión a las masas del candidato de la Unión Revolucionaria. A partir de ella, Sánchez Cerro comprende los potenciales réditos políticos derivados de organizar un partido político que encauce vía movilización a los sectores populares.

Por su parte, Haya se nutre de varios frentes. En sus años de dirigente crea un entramado de redes políticas, estudiantiles, sindicales e intelectuales que le permite estar al tanto de la realidad social peruana aún en el exilio. Asimismo, Haya aprende de la represión producida por los motines, levantamientos e intentos de golpe en los cuales participó directa e indirectamente. Considera que antes de extremar la radicalidad partidaria, convendría construir un partido organizado de masas. La experiencia en el exilio europeo le proporcionará las herramientas necesarias para ello. Primero, porque observa los modelos organizativos de los regímenes corporativos fascistas y comunistas, y aprende de su composición interna. Haya, en adelante, se empeña en construir un partido «de estructura vertical y jerárquica destinada a facilitar la movilización disciplinada» (p. 147) Y, en segundo lugar, porque la experiencia europea le permite notar la importancia de la retórica nacionalista como catapulta hacia el poder político. Adaptado al Perú, este nacionalismo se aúna al discurso anti-oligárquico y anti-imperialista que venía delineando varios años antes.

Poco antes de la elección se han dado pasos firmes hacia la práctica de la movilización populista. Durante el tramo final de la campaña, la competencia entre el APRA y la Unión Revolucionaria escala vertiginosamente. Haya y Sán-

chez Cerro han regresado del exilio como los candidatos indiscutibles. Recurren a sus bases de apoyo local (comités provinciales, células distritales, etc.) distribuidas en varios departamentos. Ellas atraen nuevos adherentes y aseguran las lealtades políticas de sus miembros. Desde allí se difunde la propaganda partidaria. A través de estos espacios de coordinación y socialización, se incorporan —por primera vez— los sectores sociales tradicionalmente marginados de la esfera política. La mayor conectividad del territorio y la previa densificación de la sociedad civil amainan el esfuerzo organizativo.

Paralelamente, Haya y Sánchez Cerro realizan mítines y movilizaciones sin precedentes en Lima y provincias. Estas son «demostraciones de fuerza» a los ojos de partidarios y adversarios. Las performances están muy bien coreografiadas: se ocupan espacios públicos (plazas, avenidas, parques), los oradores se turnan en el estrado, los símbolos partidarios decoran el ambiente, la audiencia se convierte en otro actor «participante». Y como no puede ser de otra forma, los mítines transmiten la retórica populista de los candidatos. El discurso viene cargado de un fuerte nacionalismo y un rechazo directo a las élites. El eje se desplaza hacia la revalorización del «verdadero sujeto nacional», el marginado por clase, etnicidad o región; en desmedro de la «parasitaria oligarquía antipopular». Sánchez Cerro dice considerar «el problema indígena como el problema central de mi programa revolucionario. No podemos resolver este problema básico de nacionalidad sin modificar la actitud espiritual de blancos y mestizos contra nuestros hermanos indígenas» (p. 184). Por su lado, Haya observa que el «campesinado indígena [...] [es] incapaz de gobernarse a sí mismo; [que el] proletariado es incipiente porque la industrialización nacional también lo es; [y que] la clase media [...] ha crecido y tal vez sea la clase mayoritaria» (p. 186); y sin embargo, «las tres clases han sido históricamente excluidas del gobierno, el cual ha sido por mucho tiempo controlado por la oligarquía» (ibid.)

En tal sentido, Haya y Sánchez Cerro fundan un antagonismo vertical que pone cara a cara al pueblo y a la élite, y que va ganando tracción mientras progresa la campaña presidencial. Para el 11 de octubre de 1931, el día de la elección, la «movilización populista» se ha cristalizado en el Perú como una innovadora y efectiva práctica política; se ha creado un «repertorio revolucionario». Los resultados finales de alguna manera lo corroboran: Sánchez Cerro vence con casi el 50 % de los votos, Haya obtiene 35 %. 5/6 del electorado se inclinan finalmente por los candidatos que practican la «movilización populista».<sup>3</sup> La hipótesis del autor cierra en tanto se comprueba el encumbramiento político de dos personajes que «deciden» escapar creativamente de la tradición.

### Discusión y cierre

Jansen pudo haber desarrollado más algunos puntos que son importantes para explicar el desenlace de la elección del año 1931. Cabe indicar que debió prestarle mayor atención al rol de los medios de comunicación escritos y a su impacto en la opinión pública nacional. Se sabe que las publicaciones con líneas anti y pro aprista cargaron las tintas enérgicamente contra los candidatos en contienda, buscando influenciar a los electores indecisos. Sin embargo, las menciones a *El Comercio* y *La Tribuna*, por ejemplo, aun cuando mínimas, no permiten sopesar el real peso de la influencia mediática en el proceso electoral. Por otra parte, el autor no ofrece evidencia contundente sobre los discursos y pronunciamientos populistas de Haya y Sánchez Cerro. Pocas citas parecen ser insuficientes para demostrar que ambos líderes tuvieron como meta construir —desde la retórica— el antagonismo élite-pueblo distintivo de la «movilización populista». En tal sentido, el «trabajo de archivo» mereció redoblar en varios pasajes del libro.

El lector no debería leer *Revolutionizing Repertoires* como un documento historiográfico. Si se lee con esas anteojeras, a lo mucho servirá para plan-

3 Cabe destacar que se trataba de un electorado reducido. Por disposiciones constitucionales y del Estatuto Electoral, los votantes son hombres de clase media y trabajadora, concentrados mayoritariamente en Lima.

tearse el contrafáctico que inicia en «¿qué hubiese pasado si...?» El interés del autor es ciertamente diferente. Robert S. Jansen ha escrito un importante trabajo de sociología histórica —dicho sea de paso, muy débil en la academia local— sobre una transformación clave en los repertorios de la

política peruana, la aparición de la «movilización populista», acontecida hace ya nueve décadas. Su aporte sociológico nos permite revisar el populismo de antaño para explicar, en buena medida, sus derivaciones contemporáneas.

